

# ARQUITECTURA PAISAJISTA

**S**i la expresión más elevada en las diferentes artes es aquella que, depurada de los elementos que a otra pertenece, se forma con los que constituyen su propia naturaleza, en la jardinería, no podríamos admitir la ingerencia de otros elementos que los que constituyen su esencia. Pero armonizar espacios y macizos, sean éstos de la naturaleza que fuesen, no es otra cosa que Arquitectura en el más puro concepto estético. Y no solamente tratándose de las plantas o sus conjuntos sometidos a formas regulares, sino en sus formas libres y disposiciones acordes con la naturaleza (sentido del parque paisajista), en que plantas, aguas, planos y hasta perspectivas ajenas al recinto han de formar, por virtud del arte, disposiciones rítmicas conscientes, aunque en toda obra de jardín necesariamente va ligada la emoción, podemos decir, sensual, a la emoción estética. Pero en todos los casos, sea sometiéndose el arte a la naturaleza o ésta al arte, los productos—romántico o clásico—estarán informados por un mismo sentido: el sentido arquitectónico.

Del mismo modo que en la naturaleza hallamos por excepción valores que nos producen las mismas emociones que si emanaran del arte, nos hace éste percibir bellezas naturales, que, sin estar acusadas por él, a la generalidad pasarían desapercibidas.

El jardín de la ciudad es la remembranza de los campos; es el lazo que nos une a la naturaleza.

Si la obra de jardinería en su más pura acepción hemos de considerarla arquitectónica, en su relación con las edificaciones, en la fusión de sus materiales propios con los de fábrica y en la transformación de la materia viva (plantas talladas, aguas alumbradas con artificios, o encerradas en formas concretas, disposición de planicies, etcéte-

ra, etc.), resplandece la Arquitectura en su acepción corriente.

En el “orden arquitectónico” del jardín llegamos a más:

Pongamos como ejemplo el jardín de la acequia del Generalire. La jardinería propiamente dicha, queda reducida a la mínima expresión, y no obstante, a este lugar no podemos llamarlo de otro modo que *jardín*. Sería imposible suprimir en esta composición arquitectónica las plantas aunque el principal valor está en la obra de fábrica que las encuadra; pero sólo con ella, no hubiese podido producir el arquitecto tal efecto estético. Necesidad del arquitecto-paisajista.

El concepto de la jardinería no es sólo para *poner*, sino también para *no poner*: El salón del Prado, la puerta de Alcalá. Un arquitecto (en este caso jardinero negativo), es posible que arrancase los dibujitos de plantas y los sustituyera quizá por un enlosado de espléndido despiece. El jardinero, no puede emplazar sus elementos en la urbe.

Fachada del Museo del Prado, Convento de la Encarnación, Plaza de la Villa, Plaza de España, etc., etc.

Ni fuera de ella.

Establézcase una relación entre el Parque del Oeste y los oteros de la Casa de Campo y la Moncloa.

Nuestra sierra azul, la mancha verde-gris del encinar del Pardo, el tisú del matorral es algo bello y único—dice Velázquez de Silva.

Los crepúsculos desde estos lugares son extraordinarios—dicen los guías de turistas.

Hemos venido de la naturaleza a la urbe y hemos vuelto a salir a la naturaleza.

Las composiciones de jardinería, encerradas entre muros, o encerrando ellas en su composi-



ción hasta los horizontes, son obras conscientes de sabidurías muy complejas.

¿Puede el arquitecto proceder en jardinería por mera noticia de los materiales que ha de emplear?

Si en ellos no hay problemas de resistencias hay otros muchos; pues crecen, menguan, cambian de aspecto, de proporciones...

La obra fundamental, necesita la unidad de criterio o al menos la compenetración estrecha, el conocimiento de las partes colaboradoras.

Suponiendo que no haya surgido el efecto casualmente, ¿cómo llegar al que ofrece la fuente de Apolo de Aranjuez, con su guardia de chopos? ¿Cómo al parterre del Escorial?

Con raras excepciones desde la decadencia del XIX, hacen los jardines en España (y deshacen los hechos) los jardineros: que es algo así como si las casas las hicieran los albañiles.

Los jardines paisajistas de Inglaterra los inicia un poeta. En los tratados de arquitectura renacentista aparecen trazados de laberintos, bóvedas de follaje y parterres.

Respecto al clasicismo francés, que culmina en Le Nôtre, sería ocioso hablar. De nuestro esplendor madrileño carolino nos quedan trazados de notables arquitectos. Uno de los jardines del resurgimiento francés se debe a un pintor español.

Si en épocas pretéritas el jardín tenía casi exclusivamente importancia en las mansiones señoriales, en la actualidad se ha generalizado, constituyendo una serie de problemas de órdenes diversos que han hecho crear la especialidad de Arquitecto-paisajista en que concurren los conocimientos indispensables para el desarrollo de asuntos de tal complejidad de orden bien distinto a la misión de la horticultura jardinera, que siendo por sí arte y ciencia de gran importancia, no tiene más relación con los problemas de que tratamos, que la de proporcionarle sus materiales, pero por la naturaleza de éstos, no termina la misión del jardinero en proporcionarlos para la obra, sino que necesariamente ha de ser permanente su actividad en su desarrollo y vida, puesto que de continuo ha de ser guiada; y basados en ello, hicimos el plan gradual que la revista *España Forestal* publicó recientemente. Proyecto reducido a líneas generales y sin otra pretensión que exponer los diversos grupos de materias con sus relaciones para la finalidad propuesta, señalando los grados de jardineros, maestros de jardín y

directores, sin emplear de propósito la denominación de Arquitecto-paisajista. Sin pensar que de cada alumno se pudiese llegar a formar un profesional digno de tal título, ni creer que un Arquitecto-paisajista, para llegar a tal grado, tuviese que pasar por otros inferiores; sino presentando articulados los conocimientos que constituyen el conjunto, para tal grado, que necesita no sólo el conocimiento de las materias con que ha de construir, sino de las posibilidades, y de la guía de lo que necesariamente ha de regir hasta la obtención del efecto propuesto, que no está formado por materia inerte.

Cualquier obra de este género: la bóveda de tilos de Villandry, la Avenida del Observatorio de París, pongo por sencillos ejemplos, han necesitado muchos años de persistencia con el mismo criterio para su formación y la misma atención necesitan indefinidamente para su conservación. No digamos obras más complicadas.

De otra parte, al maestro de jardín, hay que considerarlo como auxiliar del Arquitecto-paisajista, y ha de tener no solamente una preparación técnica sino también artística, para estar compenetrado con la dirección en su misión, digamos así, constructiva y decorativa: vida y desarrollo, cultivos, riegos y también flora que de continuo hay que renovar.

No se nos ocultan las dificultades de organizar una enseñanza en tales términos, pero patente la necesidad de formar el Arquitecto-paisajista, creemos que los arquitectos (aparte la necesidad de los elementos señalados) son los más afines y obligados a resolver los diferentes problemas apuntados; y por entender que sin su intervención no podría llegarse a implantar en España con la altura debida la especialidad de que tratamos, cimentada desde su comienzo del modo científico que corresponde y adaptada a sus necesidades congénitas.

No creemos tampoco que la mayor importancia estribe de momento, en la implantación material de esta enseñanza y concesión de medios oficiales. Esto es lo de menos puesto que su necesidad está descontada y todo será esperar el paso por el Poder de quien así la comprendiese, pero lo fundamental es dar forma precisa, y, ciñéndose a la inmediata posibilidad, formar el Arquitecto-paisajista.

JAVIER DE WINTHUYSEN.